

Domingo de Silos



■ A partir de 1946, el Amigo Americano participa activamente en la reconstrucción de Europa. España queda al margen. Es conocida la nula simpatía de Truman hacia Franco. Pero las circunstancias internacionales se imponen; la Unión Soviética constituye una amenaza creciente. En 1951 el embajador de Estados Unidos regresa a Madrid.

De ahí el interés del libro «El Amigo Americano», que estudia la relación España-Estados Unidos entre 1968 y 1988, apoyándose en una importante base documental. Su autor es Charles Powell, subdirector del Real Instituto Elcano. En 1953 se firman los Acuerdos entre España y Estados Unidos. Se trata de acuerdos de gobierno, de rango menor que un tratado de alianza. La razón es que un tratado exige la aprobación del legislativo, y el Senado norteamericano no pensaba ratificar un tratado con España a causa de su régimen político.

Ese estigma acompañará a Franco hasta el final. Los acuerdos crean pronto un sentimiento de frustración y de queja dentro del propio régimen de Franco. Por muchas razones. Porque no comportan para España una verdadera garantía de seguridad frente a una agresión exterior. Porque la compensación económica es ridícula si se piensa en el riesgo que corremos. Porque la modernización de las fuerzas armadas que conllevaban los acuerdos, es a todas luces insuficiente, con el añadido de que, en ciertas circunstancias, hay que obtener el permiso de los Estados Unidos para utilizar el armamento cedido: caso, concreto, de la guerra de Iñi (1957), en la que España no fue autorizada a utilizar los aviones norteamericanos, los únicos modernos que tenía el Ejército del Aire.

«Si no, ¿qué vamos a hacer?»

Castiella, ministro de Asuntos Exteriores (1957-69), dará una larga batalla, perdida, por cambiar sus términos. Powell cita a López Rodó, y a un consejo de ministros de 1973, en el que algunos ministros llegaron a pedir la ruptura de las negociaciones y la denuncia de los acuerdos con los Estados Unidos, y el comentario de Franco, que zanja el asunto: «Si no negociamos: ¿Qué es lo que vamos a hacer?». Los acuerdos, bien entendido, desagradaban a quienes se oponían a Franco, porque apuntaban al régimen. La fotografía de Eisenhower abrazando a Franco, de uniforme de capitán general, en Torrejón de Ardoz, el 22 de diciembre de 1959, sería profusamente difundida por el régimen. La visita duró menos de veinticuatro horas, y se produjo cuando Eisenhower completaba su séptimo año de mandato, y sólo le quedaba uno. Pero se convertiría en un icono del «Amigo Americano». De ahí la inquina de buena parte de la izquierda contra los EE UU.

Una vez fallecido Franco, el Se-

La intrahistoria de un tratado menor. El historiador Charles Powell acaba de publicar un libro en el que desvela el sentimiento de frustración que embargó el Régimen de Franco por el acuerdo menor alcanzado con los EE UU

El americano amigo

nado acepta la ratificación de un tratado, aunque persistirán desacuerdos importantes hasta la firma del Convenio de 1988. En el libro hay tres épocas: el tardofranquismo: 1968-1975. La transición: 1976-1982. La consolidación de la democracia: 1983-1988. Cuatro presidentes norteamericanos: Nixon, Ford, Carter y Reagan. Diversos secretarios de estado, entre los que destaca Kissinger. Por parte española cinco presidentes de gobierno y nueve ministros de Asuntos Exteriores.

La relación con los Estados Unidos experimenta un cambio sustancial en 1976: el 24 de enero, Kissinger y Arellano firman, por fin, un Tratado de Amistad y Cooperación. Un importante objetivo se ha conseguido. Franco ha muerto, España inicia su transición democrática. Los principales partidos de la izquierda antifrancista son contrarios a la presencia militar estadounidense; pero aceptan no cuestionarla a condición de que no se plantee el acceso de España a la OTAN. «Este acuerdo tácito se rompió a principios de 1981, cuando el gobierno de Calvo Sotelo anunció su propósito de completar la adhesión de España a OTAN antes de las siguientes elecciones generales. Lo más paradójico de aquella situación es que tanto el gobierno como la oposición deseaban superar una relación bilateral con EE UU que ambos consideraban insatisfactoria. Sin embargo, mientras para el ejecutivo la única manera de superarlo era el ingreso de España en la OTAN, para la izquierda esto sólo representaba una salida en falso, o, si se prefiere, una forma de perpetuar el sometimiento a Washington por otros medios» (Powell).

España ingresa en la OTAN en 1982, con Calvo Sotelo de presidente del gobierno. En las elecciones de ese año el partido socialista gana por mayoría absoluta, con el lema: «OTAN, de entrada no». El gobierno socialista acabará organizando el referéndum de 1986, que gana el «sí». Y renegocia un nuevo tratado con los Estados Unidos, sobre la base del «decálogo» anunciado por Felipe González. El 1 de diciembre de 1988, Reginald Bartolomey y Má-



► ESCENAS TRAS EL TRATADO DE 1953

1 Manuel Fraga tomó el baño el día en Palomares tras el accidente del B-52 estadounidense. © EFE 2 Un grupo de niños a bordo de un buque de la VI flota.

© LA OPINIÓN 3 Marineros americanos en Valencia. © LA OPINIÓN

En 1973 algunos ministros abogaron por la ruptura del acuerdo de menor entidad suscrito con los EE UU

Un informe de Washington sobre el rey indicaba que «no existe la seguridad de que esté en el trono mucho tiempo»

ximo Cajal firman el nuevo Convenio para la Cooperación de la Defensa, que comporta, entre otras cosas, la retirada de la base de Torrejón del ala de combate 401 de la USAF, el cuartel general de la 16 Fuerza Aérea, y otras instalaciones (4.482 militares, 635 civiles). «El nuevo convenio supone un giro capital en las relaciones hispano-norteamericanas, al romper con aspectos claves de la filosofía que habían inspirado los anteriores... Ya no obedece a la

vieja lógica de bases por ayuda» (Powell).

Tampoco contempla la cooperación en ámbitos ajenos a la defensa, que queda para otros acuerdos. El preámbulo cita los valores políticos en los que se asienta la relación defensiva bilateral: «el común ideal de respeto a los principios de la democracia, las libertades individuales y el imperio de la ley». Por parte española la negociación la dirigió el embajador Cajal. Hubo momentos de dificultad, y no se consiguió todo lo que se deseaba, en el momento en que se hubiera querido. Pero se cerró el convenio. Por ocho años. Prorrogables. Sería aprobado en 1989, con el voto favorable de la gran mayoría del Congreso de los Diputados.

Kissinger ha escrito en sus memorias que «la contribución norteamericana a la evolución española durante los años setenta

constituyó uno de los principales logros de nuestra política exterior». Powell señala que «de no haber sido por la revolución de los claveles portuguesa (abril 1974), y el temor cervical que suscitó en algunas esferas de la administración norteamericana, es probable que se hubiera mostrado más proactiva a fin de instaurar con éxito un régimen democrático en España. No obstante, tanto la administración Ford como su embajador en

España, fueron conscientes de la importancia de no ser pasivos, y mantuvieron y cultivaron a la oposición no comunista y al entonces Príncipe de España... Después, durante la transición (1976-1982), los Estados Unidos apoyaron el proceso democratizador porque sólo una España que cumpliera los requisitos políticos exigidos por la OTAN, y sobre todo por la CE, permitirían su definitivo anclaje en el bloque occidental».

Capítulo especial merece Don Juan Carlos. Su figura, y por cierto la de Doña Sofía, recogen elogios de todos los presidentes norteamericanos. Dos viajes tienen particular importancia: primero el que realizan en enero de 1971 como Príncipes de España. El informe del Departamento de Estado, ahora desclasificado, dice de Don Juan Carlos que es un «joven estadista, serio, responsable, capaz de reunirse con los líderes del mundo... no existe la seguridad de que esté en el trono

mucho tiempo... Washington tiene interés en fortalecer su posición como un elemento de estabilidad, aunque somos plenamente conscientes de que su papel tal vez no sea duradero».

Kissinger no veía futuro al Rey

El otro gran viaje es el que, ya Rey de España, pero con Arias Navarro todavía de presidente, realiza en junio de 1976, en el que se produce su intervención, en inglés, ante el pleno del Congreso: «La Corona ampara a la totalidad del pueblo y a cada uno de los ciudadanos... La Monarquía hará que, bajo los principios de la democracia, se mantengan en España la paz social y la estabilidad política». En vísperas del viaje, el secretario de Estado, Kissinger, envió un informe al Presidente Ford: «Nuestro propósito con esta visita es demostrar nuestro pleno apoyo al rey como la mejor esperanza para la evolución democrática». Han transcurrido veintidós años desde la firma del Tratado de 1988, final del periodo analizado en el libro. A los once meses de la firma del tratado cae el muro de Berlín, y desaparece la URSS, el gran enemigo que había justificado la presencia norteamericana en España.